

LA POLAR

Será posible que no leyeran el futuro
Pegándose a los muros de los mausoleos
las voces de la desesperanza

Y de la manzana de la ciudad
otrora dorada en sí mecida
hasta el aliento se lavaría
la boca la lengua la garganta

A flote debo salir más ágil
del aire cuyas mónadas
suspiros y huracán suelen ser

Emerger con una tajada
de postre oriental en el pelo
Iluminar el arco que se desliza
por el lomo del toro al que me somete
odisea la luna sedienta de narración

Con uno de sus doce mil
imperativos amables dice
Pues bien Ahora a contar

En el pequeño anfiteatro
parecido a un alto
peldaño de agua
que conozco porque desde siempre
allí guardé las palabras
El suspiro buceador
el frágil coral

Donde por primera vez deseé
comprender el espacio
de dimensiones alargadas
La luz sobre el agua

Así empecé

LA PALOMA FRÍA

Hablábamos de poesía.
Los pensamientos pasajeros
se reflejaban en las vidrieras.
Y las palabras no buscadas
se encontraban
en sus meditados
y susceptibles seres.

En los breves silencios
casi se podía
oír un sonido parecido
al de echar llave
a la cerradura de seguridad.

Cuando los niños
están en los columpios.
Y la paloma fría
en una palma seca.

Cuando por fin las cosas
encuentran su lugar.
Luminoso y radiante.

Como el repentino
traslado de aquellos
que no viajan a ningún lugar.

TÚ

Tú eres la verdad sobre mí
más comprobable.

Cúbreme los hombros
con el abrigo
que ya no existe.

Y ése es todo el sentido
de este recordar.

El que el movimiento
de tus manos
haga mi cuerpo.

Captas
el segundo de oro
de la lluvia de mi ojo.

La ola del fondo.

Donde crece el tronco.
El hogar al aire libre
de tu alma.

LA REINA DE LA AGUJA

Gasto poco.
Porque ya no queda
mucho.
Díceme
el irremediable
ángulo del horizonte.

El supermercado
del que cada uno ha arrebatado
alguna nadería.
Algun aparatillo.
Un corazón de repuesto.

Se ha quedado la noche
de las venas cortadas.
Un verano hambriento
en las barricadas.
Un beso demasiado caro
sin amor.

Espero que vengas a mí.
Sólo tú. Pequeño
poema de defensa.

Con griterío y los banderines
dorados cual un salvavidas fluvial
busco
tu cuerpo en la arena.
Donde la vida
empieza de nuevo.

Sólo tú me conviertes
en la reina de la aguja.
Y me depositas con aplomo
sobre el disco
de mil RPM.

Para que dentro del pánico de la mente
y del brillo de los sentidos abra
la temporada con música
y estrellas. Una vez más.
Y siempre distinto.

Como si ya no fuera
polvo. Caído.

Como si de repente fuera
alumbrada
en el fondo del tronco
la fuerza remanente
de un poema de lluvia.

La incrustación
de lo invisible.

Un moretón flotante.
Que se comprimió.

Para encontrar lugar
dentro de mí.

HIERBA DE VIDRIO

Noté un petirrojo
en la hierba de vidrio.

Juntaré sus sílabas
pensé.
En una campana de cristal.
En la camisa del poema.
Pequeñas pinzas claras
precisará
el aire destrozado.

Porque las grúas llegan
sin avisar. Temprano.
Derriban la puerta
del hielo delgado.

Llévanse las raíces.
La arena y la piedra.
Tergiversan las palabras.

Entonces ellas se quedan desnudas.
Sin tejido de encaje.
Con la boca abierta.

Mientras crecen
el terraplén y el hormigón.
Los cimientos y la casa.

Para cientos
de años
de soledad.

DOS MINUTOS DE ROSA

Cuando llegué a la feria de lo ya visto
ya todo se había agotado.
Las carpas plegadas.
Quemadas al oeste.
Las medallas repartidas.
Los derechos apropiados.

Poca cosa quedó
en libertad
me advirtieron los congregados.
Acaso dos glaciares
debajo de la campana.

A mí me resultaron
parecidos a senos de vidrio
que se rozan al caminar
de la mujer de los cantos.

Era ésa la época del fin del mundo.
Y yo le deseé lo mismo que a mí.

Nada fuera de lo común.

Una tasa de gotas de lluvia.
Dos minutos en la vida de la rosa.

QUÉ ESTUVE HACIENDO

Por doquier conmigo
estuve llevando
mis ilusiones.

Llevaban mis zapatos.
Comían de mi plato.
Dejaban caer sus ovillos
de cariño sobre mi falda.

Con un agudo silbido
de los ojos a veces
me llevaban al espacio
sideral. Por fuera del mundo.

Para fallecer
por todas esas luces
fugaces y esas musas rápidas.

Para lamer con la mirada
las cumbres nevadas. Las copas
de los Urales espaciales.
Cuyos charcos en el suelo
del planeta de vez en cuando
al mediodía soñoliento y caliente
la paloma se bebe.

Las inscribía
en escuelas superiores.
En pasiones profundas.
Les enseñaba los idiomas
de otros seres. La locura.

Para ellas revisaba
los manuales
no interpretables
de la ternura y del dolor.

Las adiestraba
en las maneras de respirar.

En la caligrafía. En el brillo
de la piel. En las plegarias
por todo lo abatido.

Para que refulgieran.
Cual cobre sin llorar.

Cuando lleguen al summit
de las rosas muertas.

Detrás de la puerta giratoria.

Donde del brillo completo
para siempre se desploma
el botón de las noches imperiales.

Para que crujan.
Como la fíbula.
Cuando se dobla.

Y para que con la herencia
de su don vulnerable junten
dos montoncitos
solitarios.
De tierra desierta.

Traducido del serbio por Silvia Monrós de Stojaković

Sedam pesama na sedam jezika. Agora, Zrenjanin, 2012.